



Universidad
Politécnica
de Nicaragua

Sirviendo a la Comunidad

CUADERNO JURÍDICO Y POLÍTICO

Volumen 2 • No. 6 • Octubre-Diciembre 2016 • ISSN 2413-810X

SUMARIO

Publicación trimestral
Managua, Nicaragua

Contenido

- Presentación
Mario Isaías Tórrez
- Avances y resultados de investigación
José Alejandro Castillo
- Artículos
Constanza Ramírez Marchant
Flor Velásquez
Danny Ramírez Ayérdiz
- Reflexión académica
Waldir Ruiz
- Ponencias
Fidel Ernesto Narváez
- Entrevistas
Laura Zúñiga Cáceres
- Corpus iuris de derechos humanos
Asamblea General de la OEA
- Informativo



ICEJP

Instituto Centroamericano de
Estudios Jurídicos y Políticos

ECJP
UPOLI

Escuela de
Ciencias
Jurídicas y
Políticas

Trabajo social en la dictadura.
*Una mirada hacia los elementos históricos
desde la dictadura militar instaurada por Augusto Pinochet
y el trabajo social como espacio de resistencia*

Constanza Ramírez Marchant

Recibido: 13.09.16 / Aceptado: 30.09.16

RESUMEN

El trabajo social como disciplina y espacio de resistencia histórica guarda un análisis político y social desde su formación y rápido desarrollo. La dictadura militar instaurada por Augusto Pinochet en Chile, encarnó un recorrido de represión, tortura y clandestinidad para la disciplina, por lo que fue necesario generar nuevas esferas de intervención profesional, lejos de la mirada asesina del gobierno de facto. Los movimientos feministas de la época y el rol de las trabajadoras sociales, se convirtieron en ejes claves para organizar a la comunidad y resistir ante el estado de terror generado por el gobierno de facto. Además de visualizar dicha trinchera de lucha, la disciplina logró construir procesos de resistencia que hoy mantienen en su identidad profesional.

PALABRAS CLAVES

Trabajo social, dictadura militar, movimiento feminista.

ABSTRACT

Since its birth and rapid development, social work had a political and social analysis as a discipline and as a space of historical resistance. The military dictatorship set up by Augusto Pinochet in Chile embodied a great repression, torture and clandestine study of the discipline; this is why it was necessary to generate new areas of professional intervention, away from the murderous look of the de-facto Government. The feminist movements of that time and the role of social workers became key axes for organizing the community in order to resist the terror generated by the Government. In addition to highlighting that trench of struggle, the discipline managed to build resistance that nowadays is maintained as a professional identity.

KEYWORDS

Key-words: social work, military dictatorship, feminist movement.



Constanza Ramírez Marchant
(1988) licenciada en trabajo social por la Universidad Jesuita Alberto Hurtado. Candidata al grado de máster en trabajo social con mención en intervención social por la Universidad Nacional de Córdoba. Contacto: constanza.ramirez.ts@gmail.com

Desde la construcción histórica del trabajo social, es relevante indicar que en América Latina, Chile “es el país con más larga tradición en la formación profesional en trabajo social. Su primera escuela, es también la primera escuela en Latinoamérica. Se funda en Santiago en el año 1925, treinta años después de la creación de la primera escuela de trabajo social en el mundo” (Castañeda; Salamé, 1996, p. 2). El trabajo social como profesión se relaciona directamente con el poder ser aprendido “como un caso particular del desarrollo general de campos estructurados de bienes simbólicos en la sociedad moderna. Produce servicios, en espacios relativamente autónomos respecto del conjunto de la sociedad, denominados campos. Los campos refieren a relaciones de poder, por lo que resultan obvias las relaciones de fuerza, estrategias, intereses” (Genolet, 2005, p. 29).

La evolución del trabajo social en Chile, se vincula –al igual que su construcción y desarrollo en la mayor parte de los países latinoamericanos- con su contexto, transformaciones políticas, económicas y sociales, sujetos, instituciones, Estados, etcétera. Un conjunto de vertientes que edifican distintos significados, según sea su recorrido y desarrollo disciplinario.

Las trabajadoras sociales y autoras del ensayo *Perspectiva histórica de la formación en trabajo social en Chile* de Patricia Castañeda y Ana María Salamé –documento desde el cual se desarrollará la construcción histórica del trabajo social en dicho territorio-, comprenden al trabajo social, su construcción y avance en cinco etapas, “organizadas con referencia a los cambios sociales y políticos que van a determinar variaciones sustantivas de los aspectos en revisión” (Castañeda y Salamé, 1996, p. 2). Por lo que para los efectos de este artículo, se sintetizarán los procesos descritos, enfatizando la importancia del análisis en la etapa que fluctúa entre los años 1973 y 1990, ya que es ahí donde se generará la discusión teórica desde el trabajo social y su desarrollo histórico.

Primera etapa

La primera etapa es descrita por las autoras como un periodo que se relaciona con la transición del trabajo social desde la beneficencia a la profesión, ocurrido entre 1925 y 1960. “Esta etapa se inicia con la fundación de la primera Escuela de Servicio Social en Chile – el 4 de mayo de 1925 – denominada Dr. Alejandro del Río, en honor al médico que propició su creación. Administrativamente, dependía de la Junta Nacional de Beneficencia, antecesora del Ministerio de Salud” (Castañeda y Salamé, 1996, p. 2).



Escuela de Servicio Social en el cincuentario del Decreto Amunátegui, 1927. / memoriachilena.cl

El doctor Alejandro del Río promueve el inicio del trabajo social como profesión, desde el campo de la salud, hecho que también se vincula con el surgimiento del trabajo social en Latinoamérica. “La obra a realizar por el Servicio Social abarcaba una multiplicidad de objetos, funciones, tareas demasiado exigentes, amplias, vividas como imposibles de ser logradas. La idea del profesional polivalente o generalista provenía de los médicos higienistas, y desde la carrera se tendía a la formación de un alumno con visión integral del problema humano” (Genolet, 2005, p. 30).

La profesión tenía una duración de dos años, y su plan de estudios estaba compuesto por “derecho; economía política; profilaxis e higiene; protección a la infancia; alimentación y dietética; atención de enfermos y heridos; práctica de secretaría; y una práctica profesional de corta duración que consistía en visitas a instituciones para que las estudiantes tomaran contacto con los necesitados, con los problemas y con los recursos existentes” (Castañeda y Salamé, 1996, p. 3), materias que provenían de Europa, al igual que el esquema de las prácticas, variables que se relacionaban al menos en un 80% con el ámbito de la salud y la caridad.

En esta primera etapa, el trabajo social se relacionó fuertemente con el ámbito cristiano, la caridad y la filantropía.

A fines de la década de los años veinte e inicios de los años treinta, se reorganiza la Casa de Huérfanos y la Sociedad de la Protección de la Infancia, en donde las denominadas en ese entonces visitadoras sociales asumen funciones directivas y profesionales en dichas organizaciones. En 1930, se crean las “Ollas del Pobre”, organizaciones de beneficencia,

destinadas a mitigar los devastadores efectos de la crisis económica de los años treinta (Castañeda y Salamé, 1996, p. 4).

Dichos espacios organizados para el desarrollo profesional del trabajo social, se fueron ampliando y diversificando según las necesidades de la profesión. También se abrieron otras nuevas escuelas de trabajo social a lo largo del país, queriendo, además, descentralizar su formación, incluyendo nuevas materias y extendiendo su duración. “El principal referente de la formación lo constituyen los principios filosóficos, médicos y cristianos de ayuda al necesitado. En términos técnicos, la formación profesional recoge, en un inicio, la tradición europea y, posteriormente, los aportes de las escuelas norteamericanas” (Castañeda y Salamé, 1996, p. 5). Ya que sus materias y visión tenían relación con la esfera médica y jurídica, buscaban preparar profesionales que interviniesen en dichos campos disciplinares

Segunda etapa

La segunda etapa se relaciona con la transición del asistencialismo a la promoción, “abarca el período comprendido entre 1960 y 1973. La duración de la formación es de cuatro años y, comienzan a incorporarse en forma incipiente asignaturas de las ciencias sociales” (Castañeda y Salamé, 1996, p. 6). Es en dicho período en donde la profesión construye un proceso de profunda autocrítica, lo que es denominado como proceso de reconceptualización, “en el que se cuestiona fuertemente el rol asistencialista de la profesión, y como consecuencia, las metodologías y niveles de intervención, el carácter asistencialista de las prácticas sociales junto a las teorías, conceptos que sustentan el quehacer profesional” (Castañeda y Salamé, 1996, p. 8).

La reconceptualización es un proceso que “convoca a la totalidad de escuelas de trabajo social de Latinoamérica y responde al clima de reformas sociales y políticas de la época. Para el sistema universitario chileno, el año 1966, es un año marcado por profundos cambios. De ellos son relevantes la reforma de la educación chilena y la reforma universitaria” (Castañeda y Salamé, 1996, p. 8). Es visto, entonces, como un espacio de autocrítica, cuestionamientos disciplinares y creación teórica/ metodológica.

Durante este período hay un importante crecimiento de los campos laborales vinculados a áreas municipales, sindicales, poblacionales y rurales, a la vez que en sus funciones, orientadas en una línea asistencialista, incorporarán la promoción social. La coordinación de los numerosos programas sociales de gobierno: habitacionales, agrarios, educativos y sanitarios, considerarán la participación de las y los asistentes sociales, como profesionales encargados de llevar a cabo los programas de desarrollo social (Castañeda y Salamé, 1996, p. 8).

Fue un período de autocrítica, el cual sumó y enriqueció notoriamente el quehacer y desarrollo profesional, las esferas laborales incrementaron sus demandas en torno a la profesión, sumando nuevos espacios y sujetos de intervención, al igual que la construcción de la profesión y sus sustentos teóricos.

Tercera etapa

El tercer proceso descrito por Patricia Castañeda y Ana María Salamé, es justamente en el que se centralizará la construcción teórica y analítica de este artículo. Dicho espacio temporal iniciado con el golpe militar, “se extiende desde septiembre de 1973 a marzo de 1990. Con el golpe de Estado, se detienen abruptamente los procesos iniciados en la etapa anterior: se cierran escuelas –algunas temporal y, otras, definitivamente- se expulsan docentes y alumnado, y se restringe el número de vacantes. La mayor parte de las escuelas, suspende su ingreso en el año 1974 y ya en el año 1975, algunas, tímidamente, reabren sus puertas” (Castañeda; Salamé, 1993, p. 11).

Es posible percibir un claro retroceso en la profesión, ya que fue un periodo autoritario que no continuó con el desarrollo de la etapa anterior, muy por el contrario, cerró escuelas y cambió violenta y abruptamente los planes de estudio. En torno al último punto, es posible indicar que “se inicia un rediseño que incluye redefiniciones de los objetivos, objeto y metodologías de la profesión” (Castañeda y Salamé, 1993, p.11), hecho que se relacionó con el texto y contexto de dicho periodo histórico, ya que hubo una transformación en torno a la teoría, el objeto, los sujetos, métodos y objetivos; cambio vinculado con el contexto y la nueva configuración de la esfera social.

Las teorías que comenzaron a movilizar el trabajo social se relacionaron directamente con la desideologización de la profesión, centrando su epistemología en ámbitos netamente tecnológicos, “rescatando como valor central la neutralidad en los procesos de intervención” (Castañeda y Salamé, 1996, p. 11). Además, en el área de formación y ejercicio profesional se retoma fuertemente el espacio asistencial en torno a las políticas sociales y a la atención social, buscando así la intervención individual ante la grupal o comunitaria. “En un marco de fuerte represión política, caracterizado por las limitaciones impuestas por el gobierno al ejercicio de los derechos de libre expresión y de asociación junto al clima de miedo e inseguridad reinante, el campo profesional sufre una fuerte contracción, disminuyendo el número de cargos y desestimándose nuevas contrataciones” (Castañeda y Salamé, 1996, p. 13).

Las autoras también señalan que de forma paralela en los espacios no oficiales, toma fuerza un grupo de profesionales que buscan desarrollar una profesión basada en “los derechos humanos, la defensa de las víctimas de la represión política, la promoción de la participación de las personas, el desarrollo de formas democráticas de convivencia y la implementación de estrategias solidarias de subsistencia en las poblaciones más afectadas por la recesión económica, especialmente a principios de los años ochenta” (Castañeda; Salamé, p. 13).

La metodología de intervención de dicho grupo profesional, se desarrolló entregando fuerza a las organizaciones relacionadas con el ámbito político y cívico, solidarizando con las comunidades y familias de las víctimas. “Simultáneamente, desarrollaban acciones de formación hacia otros profesionales, y experiencias de sistematización e investigación desde marcos comprensivos” (Castañeda y Salamé, p. 13), los cuales se vincularon a las intervenciones sociales sustentadas por cooperaciones internacionales, diversas

organizaciones y las vicarías de la iglesia católica.

En los ochenta, el gobierno militar impulsa una nueva reforma del sistema educacional, cuyo objetivo primordial es abrir la actividad al sector privado. Para ello se dicta la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza, que suprime las sedes de las universidades nacionales -Universidad de Chile y Universidad Técnica del Estado- y, en su reemplazo, crea las universidades derivadas o regionales: Asimismo, permite la creación de universidades por parte del sector privado, y establece una clasificación en las carreras profesionales (Castañeda y Salamé, 1993, p. 13).

Lo anterior significó una especie de ordenanza en donde se establecieron profesiones de primera y segunda categoría, delimitando, claramente a las de origen, construcción y desarrollo social, a la exclusión universitaria; ahí fue ubicado el trabajo social.



Memorial en homenaje a las y los asistentes sociales y estudiantes de servicio social detenidos, desaparecidos y ejecutados durante la dictadura militar. / memoriachilena.cl

La cuarta y la quinta etapa

La cuarta etapa de la formación y desarrollo del trabajo social en Chile, “inicia con el retorno a la democracia (1990) y se extiende hasta el cambio de milenio. Los y las profesionales centran sus esfuerzos en construir saberes que integren las experiencias de las etapas anteriores permitiendo generar nuevos aprendizajes profesionales y la resignificación

de las metodologías de intervención” (Castañeda y Salamé, 1993, p. 14). Los temas trabajados se relacionaron con la superación de la pobreza y el desarrollo económico, ejes claves en la agenda programática de los gobiernos electos desde el año 1990.

Se intenta generar espacios de conversación y discusión profesional, se desarrollan seminarios, encuentros, congresos y actividades gremiales. “El número de profesionales aumenta significativamente, como resultado de la reapertura de escuelas en universidades tradicionales y privadas, y en institutos profesionales” (Castañeda; Salamé, 1993, p. 14), de todas maneras las condiciones, evolución y categoría del trabajo social no se recuperó en dicha etapa, de hecho, la escuela de trabajo social de la Universidad de Chile, tuvo su reapertura recién durante el año 2015.

En torno a la quinta etapa,

De la tradición profesional a la transformación de la profesionalidad, inicia con el nuevo milenio y está aún en pleno desarrollo. Las políticas del Ministerio de Educación introducen el concepto de calidad en la educación superior. El concepto de calidad aplicado a los servicios educativos es un concepto complejo y que, en el contexto de los procesos de autoevaluación y acreditación, se comprende como el marco que define a priori las características de la prestación de servicios (Castañeda y Salamé, 1993, p. 16).

Para el Estado es primordial mejorar la esfera educativa, por lo que se desarrollan proyectos y programas con ese enfoque, que buscaron integrar a la vez evaluaciones de todas las esferas educativas, y así, enriquecer e impactar el proceso.

Las universidades o institutos en donde estaba la carrera de trabajo y/o servicio social, no guardaban un plan de estudios homogéneos, o sea, cada una de esas instituciones instauró sus materias o cátedras según su percepción contextual y teórica. Lo mismo sucedió con la visión de cada institución, su misión y objetivos. La privatización de las instituciones públicas, el cierre de innumerables carreras y la apertura de institutos y centros de formación técnica, hizo de la educación chilena una esfera basada en el mercado y la privatización, hecho que repercute negativamente hasta la actualidad.

Trabajo social y movimiento feminista Una trincherera de lucha, resistencia y quehacer disciplinar

Una profesión significativamente femenina

Ya planteada la construcción histórica del trabajo social como profesión en Chile, enfatizando la relevancia que tuvo el periodo que fluctúa entre 1973 y 1990, el cual comenzó con un golpe de Estado y concluyó con el retorno a la democracia, es posible indicar que su identidad, rol y estatus, se ha transformado según el contexto en el cual se construye y desarrolla. “La identidad emerge como problema cuando las fuentes tradicionales de sentido se hallan en deterioro o en proceso de integrarse a una nueva

imagen del mundo” (Krmpotic, 2009, p. 3), visto desde el contexto descrito, es posible indicar que entre la primera y segunda etapa, el trabajo social en Chile se construyó según la visión e interés de las problemáticas sociales y las demandas de los sujetos, edificando también su rol desde una perspectiva hegemónicamente categórica, como lo es la visión de la iglesia y la medicina.

Ese contexto responde a un orden vinculado a los sujetos, a las instituciones y Estados, “el orden social se constituye en el entramado de usos y costumbres que no sólo se observan en los comportamientos de sus habitantes sino también en las características y funciones institucionales que los objetivan” (Heler, 2007, p. 4). Por lo que dicha construcción inicial, basada en la iglesia y la medicina, desarrolló el rol del trabajador social según sus perspectivas e intereses.

Entonces, “el surgimiento de la profesión obedece a determinadas condiciones histórico – sociales, en un movimiento de continuidad y ruptura, donde emerge un espacio socio ocupacional de inserción del trabajo social” (Oliva, 2006, p. 5). El trabajo social como profesión, responde a diversos lineamientos y matrices contextuales, sociales y políticas, por lo que entre 1973 y 1990, bajo un contexto de dictadura, tuvo grandes transformaciones en su quehacer y pensamiento, en donde resaltaron los profesionales que de forma clandestina continuaron relacionándose con la comunidad y sociedad civil.

Se sitúa en ese espacio temporal una profesión significativamente femenina, hecho que se vincula con el inicio del trabajo social en el mundo conformado por “mujeres propagadoras de remedios higiénicos ante las epidemias, contribuyeron al nacimiento de una nueva profesión que, al igual que otras aparecidas en el siglo XIX, prolongan la función de maternidad y del socorro, fuera del hogar” (Bañez, 2010, p. 162). Al igual que en Chile, la creación del trabajo social en el mundo fue desde un ámbito feminizado, relacionado de forma directa con la postura hegemónica de la medicina y la iglesia, percibiendo a la mujer como agente caritativo y asistencial.

Represión, resiliencia y clandestinidad

Aún así, la violencia de género y dominación por parte de los hombres era una problemática social que iba sumando víctimas, el asesinato de feministas o mujeres activas, políticamente se transformó en una de las situaciones más sangrientas de la época. Si bien el femicidio no estaba construido teóricamente como tal, ni en las políticas públicas o instituciones gubernamentales, resulta importante señalar que según “el informe de la Comisión para la Verdad y Reconciliación, concluye que entre el 11 de septiembre de 1973 y el 11 de marzo de 1990, 135 mujeres fueron asesinadas, detenidas, desaparecidas o fallecieron como consecuencia de la violenta política existente, lo que constituye cerca del 6% de los 2279 casos confirmados” (CEME, 2010, p. 1). Por lo que claramente existía una notoria visión de género, de dominación masculina y de femicidio como resultado extremo de dicha violencia.



Movimiento Feminista en la Dictadura Militar Chile, 1973 – 1990. / alsurdetodo.com

“Desde casi siempre se ha podido apreciar un marco operativo de intervención en Trabajo Social muy marcado por la presencia de mujeres, ya sean profesionales o usuarias de los servicios sociales tanto públicos como privados” (Jimenez, Algarín y Bernal, 2011, p. 350). La mayor parte de las mujeres que estudiaban o ejercían el trabajo social entre 1973 y 1990, desarrollaban una formación crítica, consciente y feminista. Si bien en el ámbito gubernamental las intervenciones sociales ligadas a otra esfera que no sea netamente la educativa eran nulas, existieron –y como ya se indicó anteriormente- profesionales que trabajaron clandestinamente; feministas que a su vez eran trabajadoras sociales, las cuales generaron movimientos en sus respectivas comunidades.

Se perfila, en este contexto histórico, un movimiento feminista inmerso en un movimiento más amplio que es opositor al régimen militar. De esta manera, se definen en esta época dos luchas coherentes entre sí. La primera es la defensa de los derechos humanos, dentro de los cuales están evidentemente los derechos de la mujer, y la especificidad de género (Díaz, 2008, p. 5).

También se desarrollaron organizaciones compuesta por mujeres y profesionales del ámbito social que “reivindicaron por sobretodo el tema de los derechos humanos, muchas veces en búsqueda de familiares desaparecidos. Ejemplos de estas fueron Mujeres por la Vida, Mujeres Democráticas, y Mujeres de Chile” (Díaz, 2008, p. 5), organizaciones creadas también por trabajadoras sociales, como también lo indicaron Castañeda y Salamé en la construcción del trabajo social en Chile, durante la tercera etapa hubo un grupo importante de profesionales que buscaron la intervención y rol profesional en organismos locales relacionados con la resistencia clandestina.

Resistencia desde las organizaciones sociales ante la “desideologización” y dominación hegemónica

El trabajo social como profesión se dividió, entonces, en dos esferas o contextos disciplinares, el primero de ellos se relacionó directamente con el ámbito institucional formado en las escuelas que lograron mantenerse abiertas durante el gobierno militar, en donde la construcción del trabajo social como profesión, que en las etapas anteriores respondía al análisis profundo de problemáticas sociales, se modificó en su totalidad, otorgando relevancia a los procesos educativos llevados a cabo por el gobierno militar. La otra esfera o contexto disciplinar, se instauró en intervenciones clandestinas sujetas a organizaciones creadas por los movimientos sociales, para fomentar la importancia de los derechos humanos, entregando apoyo directo a los familiares de detenidos desaparecidos.

Fue en ese orden que los profesionales de la segunda esfera o contexto disciplinar, se vincularon de forma directa con las problemáticas de las mujeres, ya que un ámbito primordial en la defensa de los derechos humanos de la época, fue la violencia y la dominación instaurada por las relaciones desiguales de poder que fomentó fuertemente el periodo militar. La fuerza militar, compuesta en su mayoría por hombres, utilizó la violencia contra las organizaciones feministas para seguir fomentando el miedo y la sumisión ciudadana, ya que el movimiento social de la época respondía, también, a la resistencia de ciertos partidos políticos.

Resulta relevante recalcar la visión de género como una instancia que se desarrolló clandestinamente en la profesión durante la dictadura militar, debido al violento proceso instaurado por Augusto Pinochet. Aun así, se generaron instancias de desarrollo y resistencia ante la dominación masculina generada, principalmente, por el orden militar.

La perspectiva hegemónica del trabajo social en época de dictadura, se relaciona justamente con la búsqueda de su desideologización. El contexto político fuertemente violento debido a la dictadura militar, buscó justamente transformar el contexto que estaba desarrollando la disciplina, o sea, su teoría, objeto, sujetos, métodos y objetivos, a través de la configuración del contexto político y social, y de la hegemonía del pensamiento positivista de la época.

La noción de género como campo de investigación e intervención social, se detuvo visiblemente frente al estado de represión construido por el gobierno de facto. En el espacio dictatorial, los requerimientos guardaban relación con la privatización de la educación, hecho que sometió al trabajo social generado en las escuelas, instituciones y organizaciones gubernamentales.

El trabajo social estuvo ligado a las mujeres desde sus inicios, recién en la tercera etapa se lograron percibir varones en las escuelas de trabajo social, los que fueron aumentando en la medida que se retornó a la democracia. Entre 1973 y 1990, fue posible observar movimientos sociales feministas como ejes de transformación y cuna de intervención para el trabajo social, ya que la esfera de los derechos humanos fue justamente el eje de desarrollo para la profesión.



Memoria, política y resistencia. Mujeres chilenas en dictadura. / alsurdetodo.com

Las organizaciones creadas por dichos movimientos fueron escenarios disciplinares para que se realizaran intervenciones vinculadas a la defensa social y apoyo a familiares de detenidos desaparecidos. Se puede indicar, entonces, que la noción de género como eje de intervención desde el trabajo social, se percibió fuertemente en la esfera clandestina, debido al contexto político ya descrito, rompiendo así con la visión sesgada y autoritaria del gobierno militar, que buscó desideologizar a las trabajadoras sociales de la época, cerrando escuelas, cambiando planes de estudios, expulsando profesorado y alumnado, transformando las prácticas profesionales y campos de intervención, etcétera.

Resulta relevante indicar que el movimiento feminista otorgó al trabajo social un espacio para desarrollar la profesión desde una visión crítica y demandada por el contexto social de la época. La noción de género como una construcción política, social y cultural otorga, además, un eje transformador para la profesión, ya que ese concepto se relaciona con un sinfín de problemáticas sociales; violencia intrafamiliar, femicidio, migración, diversidad sexual, salud mental, identidades, etcétera.

Se muestra como necesario romper con la mirada hegemónica y limitante en torno al género y a la dominación masculina observada directamente en la dictadura militar instaurada por Augusto Pinochet en Chile, ya que es justamente el pensamiento patriarcal, basado en ámbitos políticos y estructurales, el que secuestró, torturó y asesinó. La trinchera construida por el trabajo social y el movimiento feminista de la época, logró resistir ante la

masacre que significó dicho gobierno de facto, en donde se desarrolló otra forma de observar a la disciplina, ocupando espacios de organización civil y comunitaria, resistiendo conjuntamente ante el rol asesino de la fuerza militar.

Bibliografía

- Bañez, T. (2010). *Género y Trabajo Social. Acciones, Investigaciones y Sociales*. Zaragoza: Departamento de sociología y psicología de la Universidad de Zaragoza.
- Castañeda, P. y Salamé, A. M. (1996). *Perspectiva histórica de la formación en trabajo social en Chile.*, Temuco: Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Valparaíso y Universidad de la Frontera.
- Díaz, M. (2008). *Mujeres en Chile: Feminismo en dictadura, institucionalización en democracia*. Santiago: Universidad de Santiago.
- Genolet, A. (2005). Las pioneras del Trabajo Social y la construcción del campo profesional en Santa Fe. Reflexiones acerca del proceso de profesionalización de la asistencia social, fundamentadas en documentos recuperados y testimonios orales de sus protagonistas, *Escenarios Revista Institucional de la Escuela Superior de Trabajo Social*. Universidad Nacional de La Plata. Espacio Editorial. (9), 25-35.
- Healy, K. (2001). *Trabajo Social. Perspectivas Contemporáneas. Colección Educación Crítica*. Santiago: Ediciones Morata.
- Heler, M. (2007). *El orden moral policial, la dimensión ética política y el Trabajo Social*. Panelista ante el XXIV Congreso nacional de Trabajo Social “La dimensión política del Trabajo social”. Mendoza: Universidad de Mendoza.
- Jiménez, A., Barrera, E. y Malagón, J. L. (2011). *Perspectivas de género como pieza fundamental en Trabajo Social. s.l.*
- Krmpotic, C. (2009). Identidad y alienación en trabajo social, en un contexto de reformas sociales, desprofesionalización y proletarización, *Revista Margen*. (56). Recuperado de <http://www.margen.org/suscri/margen56/sanlucia.pdf>
- Oliva, A. (2006). *Antecedentes del trabajo social en Argentina: asistencia y educación sanitaria*. Trabajo Social. Revista del Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. (8), 36-45.